

diez y ocho en la vieja guardia, á ocho en la mediana, y á cincuenta y dos en la joven. La vieja guardia debía reclutarse con tropa escogida, sacada de todo el ejército; la mediana y la joven con reclutas, cuidando de elegir los mejores. Estas varias combinaciones, si llegaban á ejecutarse, no podían dar menos de ochenta mil hombres de infantería; con la caballería, la artillería, los ingenieros y los parques, Napoleón no creía bajar de cien mil hombres. Autorizó á Drouot á comprar caballos, á hacer confeccionar cureñas para la artillería, á crear en París y en Metz talleres de sastrería, recomendándole que todo lo hiciese y lo pagase por sí mismo y sin valerse para nada del ministro de la Guerra. Drouot debía recibir del tesoro particular de Napoleón los fondos que necesitase.

Con doscientos mil hombres del ejército de línea, con cien mil de la guardia imperial, Napoleón no desesperaba de arrojar fuera de nuestro territorio los ejércitos de la coalición que osasen invadirlo. ¡Pronto se verá, por lo que hizo con ochenta mil, si aquella esperanza era presuntuosa!

En seguida se ocupó Napoleón en las cosas de Italia y de España. El príncipe Eugenio estaba sobre el Adige con unos cuarenta mil hombres, haciéndose respetar del enemigo y con probabilidades de mantenerse allí á pesar de las tentativas de desembarco de los ingleses, si Murat limitaba su infidelidad á la inacción. Napoleón, no queriendo ni aumentar el número de los italianos en el ejército del príncipe Eugenio, ni dar á la Italia nuevos motivos de descontento, se abstuvo de echar allí la quinta y tomó el partido de enviar de Francia una masa suficiente de reclutas. Ya había elevado á veintiocho mil la parte del príncipe Eugenio en los alistamientos votados en octubre, y ahora le destinó treinta mil en los trescientos mil hombres que había que tomar sobre las anteriores clases, mandando que se eligieran en el Franco-Condado, en el Delfinado y en Provenza, á fin de que tuviesen menores distancias que recorrer. El príncipe Eugenio debía vestirlos con los abundantes recursos de la Italia y luego introducirlos en los cuadros de su ejército, lo cual podría proporcionarle cerca de cien mil combatientes para el mes de abril. Allí como en otras partes la cuestión estribaba toda entera en el tiempo que transcurriese antes de principiar las operaciones.

En fin, aunque habiendo renunciado á la España, Napoleón tenía sin embargo que ocuparse de los Pirineos, amenazados por los españoles, los portugueses y los ingleses, unos y otros ufanos con la esperanza de vengar la invasión de España con la de Francia. El ejército de Aragón confiado al mariscal Suchet, el llamado de España confiado al mariscal Soult, contaban veinte regimientos cada uno, y tenían sus depósitos entre Nîmes, Montpellier, Perpiñán, Carcasona, Tolosa, Bayona y Burdeos. Napoleón dió orden á aquellos dos ejércitos de destacar un cuadro de batallón por regimiento, lo cual era fácil con la disminución de efectivo que habían sufrido, y de enviar aquellos cuadros á Montpellier, Nîmes, Tolosa y Burdeos, donde se reunirían sesenta mil quintos de las antiguas clases. Cada uno de aquellos cuarenta batallones recibiendo mil quinientos reclutas, debía enviar quinientos á los ejércitos de España y de Aragón, lo que proporcionaría á aquellos ejércitos

veinte mil hombres y permitiría conservar á lo largo del Pirineo una reserva de cuarenta mil hombres para hacer frente á todos los sucesos.

Con los diversos recursos reunidos en las fronteras de la Bélgica, del Rhin, de la Italia y de los Pirineos, Napoleón persistía en contar con un respiro de cuatro meses y no desesperaba de triunfar de los inmensos peligros de su situación; pero la disposición á obedecer sus leyes sobre alistamientos disminuía por días, y no era por cierto el lenguaje bullicioso de los periódicos subyugados ni el silencio del senado lo que podía convertir aquella disposición en un ardiente patriotismo. Esforzándose por hacer menos sensibles los sacrificios exigidos de la población, recomendó que se concluyese ante todo el levantamiento sobre las tres únicas clases de 1813, 1812 y 1811, y no se fuese más atrás por el momento. Aquel primer levantamiento debía proporcionar de ciento cuarenta á ciento cincuenta mil hombres, y sólo después de haberlo terminado se recurriría á las clases más antiguas, prescindiendo siempre de los hombres casados ó poco aptos para el servicio ó indispensables á sus familias. Por igual motivo quiso dirigirse en primer lugar á las provincias amenazadas de invasión, como las Landas, el Langüedoc, el Franco Condado, la Alsacia, la Lorena, la Champaña, provincias en que reinaba mejor espíritu y era mayor el peligro. Siempre por espíritu de contemporización, Napoleón hizo retrasar la quinta de 1815 que no podía suministrar más que soldados demasiado jóvenes, y que no hubiera hecho más que añadir un nuevo padecimiento á padecimientos demasiado agudos y multiplicados. Si la paz no ponía pronto término á aquella guerra, reservaba la quinta de 1815 para el fin del año.

No basta levantar hombres, era preciso equiparlos, armarlos, surtirlos de caballos de montar y de tiro. Napoleón creó talleres extraordinarios en París, Burdeos, Tolosa, Montpellier, Lyon, Metz, etc., para ropas de vestir y blanca, con paños y lienzo que se compraban ó retenían pagándolos al contado. El equipo, aunque difícil, encontraba menos obstáculos que las remontas, y eso que la Francia había sido menos exprimida que Alemania en punto á caballos de montar y poseía muchos excelentes. Los caballos de tiro para la artillería y los equipajes nada dejaban que desear. Se acababan de comprar cinco mil: Napoleón hizo comprar otros tantos y dispuso una requisa de otros diez mil pagándolos; aquellos veinte mil caballos eran suficientes con los que quedaban para una guerra en el interior. Los caballos de montar escaseaban más: Drouot tuvo que buscarlos para la guardia. A todos los regimientos se enviaron fondos para que comprasen los que se les pudiesen proporcionar.

Había pólvora, plomo, hierros de toda clase, armas blancas y cañones, pero faltaban fusiles, y ésta fué una de las principales causas de nuestra ruina. Durante su prosperidad Napoleón había hecho fabricar un millón de ellos; pero la campaña de Rusia en la que quedaron sepultados bajo la nieve más de quinientos mil, la de Alemania en que perdimos otros doscientos mil, las plazas extranjeras en fin en las que había quedado gran cantidad de armas francesas, habían vaciado nuestros arsenales. Los talleres para la fabricación de fusiles eran más difíciles de crear que los talleres para el equi-

po y arnés, y sin embargo era inútil tener hombres si no se lograba armarlos. ¡Cosa singular y que caracterizaba bien aquella política, tan ocupada de la conquista y tan olvidada de la defensa! La Francia amenazada encontraba más fácilmente trescientos mil hombres que trescientos mil fusiles.

Sacáronse operarios de las provincias en que se practican las diversas industrias del hierro, y se reunieron en París y en Versalles con objeto de establecer talleres para la compostura y fabricación de las armas de fuego, y lo mismo se hizo en las grandes plazas de segunda línea. A otro medio se recurrió para proporcionarse fusiles y fué desarmar los regimientos extranjeros, todos sospechosos á excepción de los suizos y polacos. El mismo día y en diversos puntos fueron desarmados los holandeses, los anseatas, los croatas, los alemanes, y se dejó á pie á los que pertenecían á la caballería, medida que proporcionó algunos miles de fusiles y algunos centenares de caballos. Luego se vaciaron los arsenales de la marina, y era tal la tenacidad del espíritu de conquista, que no temió hacer embarcar en Tolón para Génova cincuenta mil fusiles destinados á la Italia, ¡en un momento en que no estaba seguro de tener bastantes para la defensa de París!

Mientras de esta suerte pugnaba por restablecer sus recursos á fuerza de prodigios de actividad administrativa, pensó también en sacar algunos de una política prudente, ¡pero demasiado tardía! Envió al general Delort á Francfort para tratar con los generales enemigos sobre la restitución de las fortalezas del Vístula y del Óder, á condición de que habían de volver inmediatamente á Francia las guarniciones con armas y bagajes. Si se aceptaba esta condición, el general Delort debía hacer indicaciones tocante á las guarniciones mucho más importantes de Hamburgo, Magdeburgo, Wittenberg, Erfurt, etc. Este convenio hubiera proporcionado cien mil soldados de primera calidad, y un número igual, es cierto, á los coligados, poniendo fin al bloqueo de las plazas; pero al paso que nos habría restituído buenos soldados más medianos, y además, en el estado de escasez en que nos hallábamos, cien mil hombres nos importaban más á nosotros que doscientos mil á la coalición. Desgraciadamente esta razón, que había provocado el rompimiento de la capitulación de Dresde, nos dejaba poca esperanza de salir victoriosos en una negociación de esta clase.

Un recurso quedaba muy superior á aquél, y era el que se habría hallado en los ejércitos de España, si hubiera sido posible trasladarlos de los Pirineos al Rhin. Allí, aun prescindiendo del número, todo era excelente, incomparable: ninguna tropa en Europa valía lo que los regimientos del mariscal Suchet y del mariscal Soult. Estos últimos, reliquias de varios ejércitos siempre desgraciados, estaban á la verdad hartos de servir; pero la idea de defender el Rhin y de ser mandados directamente por Napoleón hubiera trocado su disgusto en ardiente celo. Poca temeridad hay en decir que si los ochenta mil hombres puestos á la sazón en manos de los mariscales Suchet y Soult se hubieran hallado entre el Rhin y París, jamás la coalición se hubiera acercado á los muros de nuestra capital. Para ello se hubiera necesitado ajustar la paz con los españoles; pero esta paz que parecía deber ser tan fácil restituyendo á éstos su rey

y su territorio, era más difícil acaso que la que se esperaba negociar en Manheim. No bastaba en efecto que Napoleón renunciase á la España para que la España renunciase á él, ni que repasase los Pirineos para que ella consintiese en no pasarlos también en compañía de los portugueses y de los ingleses. El castigo de las faltas sería en verdad demasiado leve si bastase no persistir en ellas para abolir sus consecuencias.

Napoleón, como ya lo hemos dicho, tenía resuelto hacía unos dos años abandonar la España, pero sin decir á nadie su secreto, que ha dejado bastantes rastros en nuestros archivos para que la historia no pueda dudar. Sin embargo, con un carácter como el suyo, no era posible que hiciese francamente el sacrificio de una conquista, y aún se había lisonjeado el año anterior de conservar las provincias del Ebro. Por fin este último sueño se había disipado, y ya estaba decidido á devolver pura y simplemente la España á Fernando VII, con la sola condición de que este príncipe firmase la paz y se la hiciese aceptar á su pueblo. Las condiciones del tratado eran fáciles de imaginar; se empezaría por poner en libertad á Fernando VII y á los príncipes detenidos con él en Valencey; se restituirían además los prisioneros de guerra y las plazas fuertes; en cambio los ejércitos españoles se volverían á su país, exigiendo que los siguiesen las tropas inglesas. Parecía que después de estas recíprocas satisfacciones no tenían ya nada que pedirse una á otra la Francia y la España, pero fatales circunstancias complicaban esta situación tan sencilla en apariencia. Los españoles aspiraban á vengarse y á talar la Francia á su vez: los ingleses, después de haber contribuido poderosamente á libertarlos, no eran gentes para marcharse sin más ni más y cruzar los Pirineos en virtud de una orden emanada de Cádiz ó de Madrid. Además, un compromiso para no tratar la una sin la otra unía á Inglaterra y España: en fin, las Cortes, que ejercían en aquel momento el poder real, no tenían prisa de deponer su omnipotencia á los pies de Fernando VII, y no abrigan en tan alto grado como la España y como él mismo el deseo de que volviera: en todo caso no querían devolverle su cetro sino á condición de que jurase la Constitución de Cádiz. Por estos varios motivos era muy posible que ni los ingleses ni los representantes de la España consintiesen en la ratificación de un tratado firmado en Valencey para recuperar á Fernando VII de quien no se les importaba mucho. El mismo Fernando, una vez libre, podía muy bien no hacer caso del tratado que le devolviese su libertad, decir que nada se debe al que á uno le ha engañado, y armarse así de una razón alegada en otro tiempo por Francisco I y de ningún modo condenada por los doctores en derecho público, á saber, que un empeño tomado en el cautiverio no obliga. La conducta seguida en 1808 con la familia real de España había sido tal que nadie en Europa, ni aún en Francia, osaba censurar al prisionero de Valencey. Napoleón, aquel león tan fiero, no hubiera parecido en esta ocasión sino un zorro cogido en la trampa.

Si al contrario, por un recelo muy natural, Napoleón detenía á Fernando VII hasta que el tratado hecho con él hubiera sido llevado á Cádiz y aceptado por la regencia, era posible que, ayudado por los ingleses y también por las Cortes, se rechazase el tratado, declararían-



dole nulo por haber sido ajustado durante el cautiverio, y dilatando su aceptación hasta la entrada de aquel príncipe en España. Fernando VII permanecería prisionero por más tiempo, pero los ingleses no tendrían mayor pena que los liberales españoles por la prolongación de su cautiverio.

En la alternativa de ver el tratado desconocido por Fernando VII ó por los que ejercían su autoridad durante su ausencia, lo más seguro hubiera sido enviar al monarca español á sus Estados; obrando de este modo se podía esperar á lo menos que fuera fiel á su palabra, y su extremada devoción era una buena garantía para ello, mientras que enviando el tratado sin contar con él, había casi la certeza de que dicho tratado sería rechazado por los ingleses y por los españoles, harto impacientes los unos y los otros de invadir el Mediodía de la Francia. Mr. de Caulaincourt opinaba por el primer medio. Pero Napoleón, que no se fiaba de ningún modo de Fernando VII, teniendo para ello poderosas razones, quiso servirse de un término medio que consistía en lo siguiente: una vez concluido un tratado con Fernando VII, enviar secretamente ese tratado á España por una persona de confianza, la cual trataría de despertar en los ánimos de los antiguos servidores de la dinastía el deseo de volverla á ver, teniendo además para persuadirlos otro argumento, cual era el de la restitución inmediata de las plazas fuertes de España. Además, como acontece con frecuencia entre aliados que hacen la guerra juntos, los ingleses y los españoles estaban bastante descontentos los unos de los otros, y era probable que los españoles no sentirían el poder decir á los ingleses que ya no necesitaban de ellos, en cuyo caso éstos últimos, privados del auxilio de los ejércitos españoles, y no teniendo otra línea de retirada segura por medio de los Pirineos, no se atreverían á quedar en la frontera de Francia.

Con arreglo á estas miras, Napoleón fijó su plan de conducta respecto á Fernando VII, ordenando á monsieur de Laforest, antiguo embajador de Madrid, que se trasladara bajo un supuesto nombre á Valencey, y que se viese con gran sigilo con los príncipes españoles proponiéndoles las siguientes condiciones de paz: evacuación recíproca de los territorios, regreso de Fernando VII á Madrid, restitución de los prisioneros y retirada de los ingleses. Añadía Napoleón diversas condiciones particulares, que le hacían honor, y que importaban tanto á los españoles como á nosotros, siendo la primera estipular que Fernando VII pasaría á Carlos IV la pensión á la cual se había obligado José, y que había sido pagada con muy poca exactitud; la segunda, que concedería completa amnistía á los españoles que se habían adherido á la Francia; y la tercera, que la España conservaría no sólo su territorio continental actualmente restituído, sino también su territorio colonial, y que ninguna de sus colonias se cedería á la Gran Bretaña. No había nada en esas condiciones que pudiera rehusar Fernando, al consultar su corazón de hijo, de rey y de español. Quedaba en fin una última cláusula más difícil de enunciar que las otras, pero Fernando VII, con tal de quedar libre, era capaz de aceptarla, siendo dicha cláusula el que contrajese matrimonio con la hija de José Bonaparte. Mr. de Laforest debía ser más reservado en cuanto á esta última, te-

niendo sin embargo la orden de imponer tan importante condición cuando hubiese llegado el momento de decirlo todo. Una vez concluido y firmado el tratado, se escogería, de acuerdo con los príncipes españoles, un personaje de confianza que lo llevaría secretamente á la regencia, con el fin de no dar tiempo á los ingleses y á los jefes del partido liberal para impedir su ratificación. Obtenida ésta, Fernando VII, acompañado de su hermano don Carlos y de su tío don Antonio, prisioneros como él en Valencey, abandonarían la Francia para volver á subir al trono de España.

Mientras que Mr. de Laforest se ponía en camino, Napoleón, á fin de no perder tiempo, hizo venir de Lons-le-Saulnier, en donde se hallaba vigilado, al duque de San Carlos, personaje de gran importancia, y antiguamente uno de los familiares de Fernando VII: acogió Napoleón al duque de la manera más amistosa, conferenció con él largamente y consiguió persuadirle, haciéndole marchar en seguida á Valencey para secundar á Mr. de Laforest, el cual encontraba dificultades, del todo imprevistas, y que demostraban que el malogrado asunto de España debía estar seguido de reveses de todo género, pequeños y grandes.

La llegada de Mr. de Laforest á Valencey había sorprendido vivamente á Fernando VII. Prisionero este príncipe por espacio de seis años, en compañía de su hermano y de su tío, había permanecido en una ignorancia casi completa acerca de lo que pasaba en Europa; pero, á pesar de esto, había podido ver por algunos periódicos franceses que le dejaban leer, que la guerra de España se prolongaba indefinidamente, que por consiguiente sus súbditos se defendían, que tampoco la Europa estaba sometida, puesto que no cesaba la guerra con ella, y era bastante sagaz para conocer que su causa no estaba enteramente perdida. Se sospechaba además que el cura de Valencey, encargado de decirle la misa y de confesarle, le informaba de lo que tenía interés en saber, haciéndole conocer probablemente la gravedad de los acontecimientos de 1812 y 1813. Hubiera, pues, podido fácilmente no hallarse sorprendido de las comunicaciones de Mr. de Laforest, pero el infortunio y el destierro habían vivamente desarrollado en aquel príncipe las naturales disposiciones de su carácter, la desconfianza y el disimulo. Toda su parte intelectual (no escasa por cierto) la empleaba en observar á su alrededor, indagando si trataban de perjudicarlo, y mientras tanto callaba, y no hacía nada, por miedo de dar pretextos á la voluntad maléfica de que dependía hacía tantos años.

El disimulo, y hasta el engaño, le parecían defensas muy naturales contra la opresión á que le habían sometido, y la política que le había conducido desde Madrid á Valencey le daba seguramente la razón. La desconfianza había llegado en él á un grado tal que la empleaba hasta con sus más fieles servidores, contra aquellos mismos que estaban retenidos en Francia por su causa, y á los cuales estaba siempre dispuesto á mirar como cómplices secretos de Napoleón. Por lo demás, no era muy desgraciado; confesarse, vivir bien, pasearse y no correr riesgo alguno, constituían para él un cierto bienestar al cual se había acostumbrado. Su alma, desprovista de vigor, se doblaba bajo la opresión, pero al doblarse se ensimismaba profundamente, y cuando se

quería inspirarle alguna resolución, lo resistía tenazmente, como un animal tímido y receloso al mismo tiempo, á quien las más vivas caricias no logran hacer salir de su escondrijo. Su hermano don Carlos tenía un carácter más vivo, aunque no más abierto; en cuanto á su tío era poco menos que estúpido.

Cuando Mr. de Laforest llegó súbitamente á informar á Fernando VII de que Napoleón pensaba en darle la libertad y el trono, su primera idea fué que se le engañaba, y que bajo aquella misión se ocultaba alguna perfidia. Los motivos que alegaba Mr. de Laforest para evitar una declaración demasiado explícita de nuestras desgracias, y que consistían en decir que Napoleón obraba así para arrancar á la España de mano de los ingleses y de los anarquistas, no eran propios para producir mucha ilusión, y Fernando discurría cuál sombrío proyecto podría ocultarse bajo una proposición tan imprevista. En su primera conferencia escuchó mucho, habló poco, limitándose á decir que, privado de toda comunicación con el resto del mundo, nada sabía, y que, por consiguiente, estaba incapacitado de formarse una opinión sobre cosa alguna; que se hallaba bajo la poderosa mano de Napoleón, que vivía contento, que no pedía salir de su retiro, y que jamás dejaría de agradecer los favores que estaba recibiendo. ¡A tal estado reduce la opresión á los seres sometidos á su imperio! Napoleón había llegado á punto de no poder hacer aceptar á Fernando VII ni la libertad ni el trono, en un momento en que tanto interés tenía en devolverle uno y otro. Mr. de Laforest conoció que era preciso dar tiempo á aquella alma recelosa para reflexionar y tranquilizarse, y se despidió de él hasta el día siguiente.

Fernando VII, después de discurrir con su hermano y con su tío, y sobre todo consigo mismo, comprendió que Napoleón debía encontrarse en grande aprieto, y que su oferta de restituirle el trono era sincera; pero antes de escuchar una proposición que se presentaba bajo un aspecto tan seductor, quería saber si se trataba de tenderle una celada, y de arrancarle, compromisos peligrosos ó infames: además, privado en Valencey de toda autoridad sobre España, temía con razón no poder cumplir los compromisos que le obligasen á contraer, por lo cual resolvió, franqueándose más, tomar una actitud algo más regia, pero sin dejar de ser sumamente circunspecto.

Al verle al día siguiente, Mr. de Laforest le encontró mucho más compasado en su actitud, sentado entre su tío y su hermano como su superior jerárquico, y presentándose y hablando, en una palabra, como monarca. No disimuló que empezaba á considerar como seria la proposición que se le dirigía, y también que adivinaba su verdadera causa; pero afectó no poder fijarse en partido alguno en razón á hallarse privado de consejeros, y aseguró sobre todo que carecía de autoridad, porque no sabía si lo que se firmase en Valencey sería aceptado y ejecutado en Madrid; sin embargo, era fácil adivinar que no quería romper aquellos tratos y cerrar tras de sí la puerta de su cárcel pronta á abrirse; evidentemente estaba muy azorado. Habiéndole ofrecido Mr. de Laforest recibir á su antiguo preceptor el canónigo Escotiz, que estaba vigilado en Bourges, á su secretario íntimo Macanaz, que lo estaba en París, al ilustre Palafox, prisionero en Vincennes, y en fin, al duque de San

Carlos, internado en Lons-le-Saulnier, manifestó no tener confianza en ninguno de aquellos hombres: parecía que nombrarlos era en el instante mismo perderlos en su opinión.

Continuaron las conferencias, y la evidente buena fe de Mr. de Laforest, la sencillez de las condiciones que traía, habiendo acabado por influir en el ánimo de Fernando, estimulado sobre todo por el deseo de la libertad, éste se tranquilizó poco á poco, y empezó á discurrir con mucho seso sobre las proposiciones que se le hacían; por último la llegada del duque de San Carlos, que había visto y oído á Napoleón y podido apreciar la sinceridad de sus intenciones, acabó por disipar los recelos del cautivo de Valencey. El mismo San Carlos tuvo que vencer un momento de desconfianza por parte de su amo, mas pronto logró hacerse escuchar, y ya desde entonces se entró seriamente en materia. Fernando VII nada tenía que objetar á la proposición de volver á España, de recobrar el trono, de pasar una pensión á su padre, de conservar todo el territorio continental y colonial de su antigua monarquía, y aun de perdonar á los afrancesados; el casamiento con una hija de José le agradaba menos, pero después de haber solicitado con empeño una princesa Bonaparte, no era ya ocasión de hacerse el desdenoso, y además, por recobrar la libertad y el trono, no había enlace que no estuviese dispuesto á contraer. No estaba, pues, la dificultad en la unión propuesta, sino en otra parte. Presentábase á sus ojos deslumbrados una infinidad de cosas muy apetecibles y muy deseadas, y se prometía concedérselas á condición de que las Cortes ó la regencia habían de ratificar el tratado que él firmase, con lo cual se hacía depender lo que él deseaba ardientemente de una voluntad que no era la suya, lo cual declaró con franqueza, manifestando con mucha razón que lo que mandase desde lejos corría peligro de no ser ejecutado. Habló en tono colérico de los límites que ciertos hombres, facciosos según él, habían querido imponer á su regia potestad, y dejó ver que lo que más aborrecía después de los franceses era á los liberales españoles. Mostró que el medio más seguro de obtener lo que se quería de España, era enviarle á Madrid, donde nadie tendría pretexto, estando él presente, para rehusarle la obediencia, al paso que sus vasallos podían entonces alegar el cautiverio de Valencey para fingir que no creían lo que se dijese en su nombre. Más de una vez juró por lo más sagrado que cumpliría su palabra como rey, como hombre honrado y como buen cristiano; y animándose luego más, y saliendo de las profundidades de su disimulo, mostró un deseo vehementísimo de verse libre, de partir, de reinar, lo cual era muy legítimo, é insistió con todas sus fuerzas por que se adoptase su proposición como la única que ofrecía probabilidades de buen éxito.

Mas como las instrucciones de Napoleón eran terminantes, hubo de someterse á ellas, y se ajustó un tratado en virtud del cual Fernando VII debía volver á España tan luego como la autoridad de la regencia le hubiese aceptado y decretado su ejecución. Las condiciones eran las que hemos dicho: integridad colonial y continental de España, restitución de las plazas españolas, regreso de las guarniciones francesas, retirada de las armas españolas é inglesas al otro lado de los Piri-



neos, amnistía general y pensión á Carlos IV: el casamiento de una hija de José no se estipuló formalmente. Fernando aseguró que no contraería otro en viéndose libre, pero añadió que este punto no podía tratarse sino en Madrid.

Firmados estos artículos el 11 de diciembre, restaba saber quién los llevaría á Madrid en nombre de Fernando. El enviado naturalmente debió ser el duque de San Carlos. Convínose en que éste pasaría con gran diligencia, y guardando el más riguroso incógnito, al ejército de Cataluña, á fin de adormecer la vigilancia de los ingleses, que sin duda habría provocado pasando por el cuartel general de lord Wellingtón; que procuraría llegar á Madrid, y aun de trasladarse á Cádiz, si la regencia estaba allí todavía para presentarle el tratado y obtener su ratificación. El duque de San Carlos debía persuadir á los súbditos de Fernando VII, soberanos en su lugar, que pensasen ante todo en libertarle y sacrificarlo todo á este objeto esencial: al mismo tiempo tenía por misión expresa no adherirse á la Constitución, y si le obligaban á ello, no hacerlo sino con reservas que permitiesen romper los compromisos tomados con aquellos calificados de facciosos.

Arreglado todo esto, partió de Valencey el duque de San Carlos el 13 de diciembre, siguiéndole los votos de los príncipes españoles que, poniendo ya á un lado todo disimulo, mostraban una impaciencia casi pueril por verse libres. Tranquilos sobre las intenciones de Napoleón, consintieron en volver á ver á los leales servidores de quienes habían mostrado desconfiar antes, el canónigo Escotiz, el secretario Macanaz y el defensor de Zaragoza, Palafox. Persuadidos todos de que este último tendría más crédito entre los españoles que el duque de San Carlos, porque debía ser religiosamente escuchado por ellos si no habían perdido toda memoria, se le hizo partir por otro camino con una copia del tratado, á fin de solicitar su aceptación.

A nadie sorprenderá saber que Napoleón condujo esta negociación sin hablar de ella á su hermano José, casi tan prisionero en Mortfontaine como Fernando VII en Valencey. El lector recordará que José recibió orden, después de la batalla de Vitoria, de encerrarse en Mortfontaine sin recibir á nadie, y de no salir de allí so pena de ser objeto de medidas severas. Napoleón se desconfiaba tanto de la sangre activa de los Bonapartes, aun en el más moderado de sus hermanos, que no había querido permitir á José que fuese á París, por temor de que crease dificultades á la regente. Llena la cabeza de las turbaciones suscitadas durante las minorías reales por los hermanos, tíos ó primos de los reyes, veía siempre á María Luisa reducida á defender á su hijo contra las pretensiones de sus cuñados. A pesar de aquellas órdenes, José había ido secretamente á París, pero sólo para divertirse y de ningún modo para intrigas políticas. El duque de Rovigo, interpretando á la letra las órdenes imperiales, había hecho decir á José que si se renovaban sus viajes clandestinos, tendría que oponerse á ellos, lo cual había irritado profundamente á José, ya muy resentido de todo lo que había tenido que sufrir.

Desde su regreso á París, Napoleón no había visto á su hermano; pero no quiso que la negociación con Fernando VII, ya terminada, fuese conocida de Euro-

pa antes que él, y encargó á la persona que generalmente le servía de intermedio, Mr. de Röederer, que fuese á Mortfontaine á informar á José de todo lo hecho, y á excitarle á que volviese á ser pacíficamente príncipe francés, muy bien dotado, con asiento en el consejo de regencia, y fiel servidor de la Francia, que era ya su único y último asilo. José, al recibir estas comunicaciones, se quejó amargamente de los tratamientos de que había sido objeto, y mostró restos de pretensiones reales que hubieran hecho sonreír á un hermano menos sarcástico que Napoleón. Convenía en que había cometido faltas militares, pero no tan grandes como se decía; se declaraba pronto á renunciar al trono de España, pero en virtud de un tratado y previa una indemnización territorial en Nápoles ó en Turín. En cuanto á volver á ser simplemente príncipe francés, después de haber ceñido una de las más grandes coronas del universo, era cosa á la que parecía poco dispuesto á resignarse. Estas pretensiones provocaron en Napoleón una explosión de sangrientos sarcasmos, injustos algunos y crueles, sensatos otros, mas por desgracia tardíos.

«¡José ha cometido faltas militares!, exclamó escuchando á Mr. de Röederer, ¡qué disparate! Yo cometo faltas, yo soy militar, yo debo engañarme á veces en el ejercicio de mi profesión, ¡pero é!... Hace mal en acusarse, él nunca ha cometido faltas. Lo que ha hecho ha sido perder la España, y nunca la volverá á recobrar. Es cosa resuelta, tan resuelta como la que más. Que consulte al último de mis generales, y verá si es posible aspirar á una sola aldea del otro lado de los Pirineos. ¡Un tratado!, ¡condiciones!; ¿y con quién?, ¿en nombre de quién?... Si yo quisiera hacer un tratado con España, ni siquiera me escucharían. La primera condición de toda paz con Europa, la condición sin la cual es imposible reunir dos negociadores, es la restitución pura y simple de la España á los Borbones. ¡Feliz yo si puedo á este precio desembarazarme de los ingleses y llevar mis ejércitos de España al Rhin!

»En cuanto á indemnizaciones en Italia, ¿de dónde las he de sacar? ¿Puedo quitar su reino á Murat? Apenas si puedo atraerle á sus deberes para con la Francia y conmigo. ¿Cómo había de obedecerme si fuese á pedirle que bajase del trono para dejárselo á José? En cuanto á los Estados romanos, tendré que restituírselos al papa, y estoy decidido á hacerlo. En cuanto á la Toscana, que es de Elisa, en cuanto al Piamonte, que pertenece á la Francia, en cuanto á la Lombardia, donde Eugenio tiene tanta dificultad para conservarse, ¿puedo saber lo que me dejarán de estos territorios? ¿Sé á lo menos si me dejarán algo? Para conservar la Francia con sus límites naturales necesitaré ganar muchas victorias; para obtener algo al otro lado de los Alpes necesitaré ganar muchas más. Y si me dejasen un territorio en Italia, ¿podría por José quitárselo á Eugenio, ese hijo tan leal, tan valiente, que ha pasado su vida lidiando por mí y por la Francia y que jamás me ha dado un solo motivo de queja? ¿Dónde quiere José que yo le halle indemnizaciones? Un papel le queda, uno sólo, y es el de ser un hermano fiel, un sólido apoyo de mi mujer y de mi hijo si estoy ausente, más sólido si llego á morir, y contribuir á salvar el trono de Francia, único recurso ya para los Bonapartes. Será príncipe francés, tratado

como hermano mío, como el tío de mi hijo, y participará por consiguiente de todos los honores imperiales. Si obra así tendrá mi favor, el aprecio público, una situación grande, y aun contribuirá á salvar la existencia de todos nosotros; si por el contrario se mueve, y es muy capaz de hacerlo, porque no sabe soportar el trabajo ni la ociosidad, si se agita durante mi vida, será preso, é irá á acabar su reinado á Vincennes; si lo hace después de mi muerte, ¡Dios decidirá! Pero probablemente contribuirá á derribar el trono de mi hijo, único junto al cual puede encontrar la dignidad, el bienestar y un resto de grandeza.»

Estas prudentes, pero duras palabras, llevadas á Mortfontaine en varias idas y venidas, no convencieron á José, que estaba enfermo, resentido y atormentado por una multitud de males al mismo tiempo: la severidad burlona de Napoleón, un trono perdido, sus hijos sin patrimonio, y por todo porvenir la obediencia á las órdenes de un hermano imperioso, no malo, pero duro. En esta dolorosa disposición se negó á participar en los tratos de Valencey, y continuó en Mortfontaine, donde Napoleón le dejó aislado, diciendo que los españoles y él prescindirían de la firma del rey José para colocar á Fernando VII en el trono de las Españas.

Aquel momento de la caída de los tronos de la familia lo era de frecuentes agitaciones interiores, que, unidas á todos los disgustos de Napoleón, contribuyeron á amargarle mucho la vida. Jerónimo, retirado sucesivamente en Coblenza, en Colonia y Aquisgrán, vivía triste y desgraciado. Deseaba ir á París por miedo de que Napoleón le olvidase en la futura paz, y Napoleón, que era más afectuoso con Jerónimo que con sus otros hermanos, resistía sin embargo á sus deseos, porque le dolía tener junto á sí á sus hermanos destronados, cuya presencia además revelaba con gastos tan sensibles la ruina progresiva del imperio francés. Pero mientras negaba á Jerónimo la autorización para ir á París, tenía con Murat motivos de disgusto mucho más graves.

El desgraciado Murat había vuelto á Nápoles lleno de angustias y de confusión. Entre todos los príncipes condenados en aquella época á ver desvanecerse su efímero poder, Murat era el más inconsolable. Parecía que aquel soldado, nacido tan lejos del trono, á quien una verdadera gloria militar hubiera debido servir de compensación, no podía vivir si no reinaba. Después de los sucesos de la última campaña le era difícil creer que el poderío de Napoleón, dado que se conservase en Francia, pudiera extenderse aún al otro lado del Rhin, de los Alpes y de los Pirineos, y que pasados estos límites, le fuese dado sostener ó castigar á sus aliados, por manera que corriera el azar de no ser sostenido si permanecía fiel á Napoleón, y no corriera el de ser castigado si le era desleal. Sin duda que reunido al príncipe Eugenio, llevando treinta mil napolitanos bien disciplinados en apoyo de los cuarenta mil franceses que defendían el Adige, había aún alguna posibilidad para él de disputar la Italia á los austriacos; pero posibilidad y no seguridad. Vencidos los dos tenientes de Napoleón, serían en breve destronados; vencedores, ¿qué serían? ¿Qué sería Murat sobre todo? Sacrificado al príncipe Eugenio de quien tenía envidia, relegado en el fondo de la Península, reducido al reino de Nápoles que era poca cosa sin la Sicilia, no tenía ni aun

la seguridad de conservarse allí; porque si una paz ventajosa con Europa exigía el sacrificio de su cuñado, Napoleón no sería bastante buen pariente y mal francés para rehusar aquel sacrificio. Por otra parte, aunque no de grande entendimiento, Murat tenía cierta sagacidad, y muchas veces había notado que Napoleón, apreciando su bizarria, no hacía ningún caso de su carácter, y este marcado desdén le hería mucho: tales eran las consideraciones que habían agitado y atormentado el ánimo de Murat durante su viaje de Erfurt á Nápoles. Mientras veía tantos peligros en ser fiel, y tan pocos en no serlo, funestas sugestiones contribuían á aumentar su turbación. Nunca había cesado de estar en relaciones con las potencias coligadas, aun cuando estaba en el campamento de Napoleón conduciéndose con tanto valor. En el momento en que dejó á Nápoles por Dresde, tenía junto á sí agentes de lord William Bentinck, gobernador inglés de Sicilia, y los había despedido sin consideración, para ir á reunirse con el ejército francés, lo que había sorprendido é indignado á lord William. Pero no había obrado del mismo modo con respecto al Austria, y así como dejó en su puesto al príncipe Cariati, ministro napolitano, conservó en Nápoles al conde de Mire, ministro austriaco. Mr. de Metternich, aprovechándose de ese doble medio de comunicación, había tratado incesantemente de quebrantar la fidelidad de la corte de Nápoles, pues sabía muy bien que si Murat, en vez de colocarse á la derecha del príncipe Eugenio, iba por la espalda, los franceses perderían inmediatamente la Italia y la ganarían los austriacos. No contento con estos esfuerzos cerca del rey, Mr. de Metternich había anudado tramas secretas con la reina, á quien había conocido en París cuando era embajador de Francia, y á la que quiso hacer olvidar sus deberes de hermana, excitando sus sentimientos de madre y de esposa. No sólo le había prometido dejar á Murat el trono de Nápoles, aunque sin la Sicilia que la Inglaterra estaba empeñada en conservar á los Borbones, sino que había dejado entrever la posibilidad de que se le hiciera con el mejor establecimiento en Italia. El príncipe Eugenio y la princesa Elisa expulsados con los franceses una vez reconquistado el Piamonte, se podría, reservando una buena parte á los austriacos, y restableciendo al papa en Roma, constituir un reino de la Italia central que, concedido á Murat, haría de éste el primer príncipe de Italia y un monarca de segundo orden en Europa. Estos eran los argumentos que Mr. de Metternich empleó con un buen éxito notable. Efectivamente, correr los mayores peligros con Napoleón, sin la certeza segura de ser sostenido por él si se triunfaba, ó por el contrario obtener de los aliados la certidumbre de continuar siendo rey de Nápoles, la esperanza de poder ser como un rey de Italia, era una perspectiva que debía seducir al desgraciado Murat después de haber seducido á la misma reina. Ésta en un principio, representante en Nápoles del partido francés, se había resistido á las sugestiones austriacas y había buscado el medio de unir á Murat con Napoleón; mas el peligro fué creciendo, y dominada por el deseo de conservar la corona á sus hijos, prestó oídos á las inspiraciones de Mr. de Metternich, y concluyó por ser su principal mediadora cerca de Murat. Que- riendo al mismo tiempo disimular su conducta con el